

Una verdadera experiencia de educación y cooperación

A través de la experiencia de pasar cinco veranos en Camboya colaborando con la ONG Por la Sonrisa de un Niño, primero como monitor, y luego como coordinador de los campamentos de verano que lleva allí la organización, he podido constatar de manera práctica y fehaciente, que a través de la educación se puede llegar a alcanzar una vida mejor, fuera de la miseria, y además querer ayudar a otros que están en la misma situación. Ya no es solo una teoría, para mí, es un hecho.

Primero, hay que dotar a la historia de un contexto para poder aproximarnos a apreciar los detalles desde este lado del planeta. Y es que, como casi todo, la ONG para la que colaboré, es fruto de un contexto.

No hay más que meter en cualquier buscador de internet palabras clave como “Genocidio Camboyano”, “Pol Pot” o “Khmeres Rojos”, para ver las pinceladas de un régimen, que en tan solo 4 años de duración (1975-1979), destruyó un país hasta las raíces. Pero que, aparte de los horribles crímenes de lesa humanidad, que ni por un momento voy a obviar; también se cometieron otras aberraciones en planos, no solo físicos. Pues, por un lado se llegó a destruir en la mente de los niños que vivieron y sufrieron estos horrores, la concepción de lo que era la familia. Y por otro, se desterró el concepto de ser educado (en la escuela), pues solo a través del trabajo en el campo se “evitaba la corrupción del hombre”.

A principios de los noventa, un matrimonio francés, Christian y Marie-France des Paillères, visita Camboya para colaborar con la reconstrucción del depauperado sistema educativo camboyano. En su estancia en la capital, Phnom Penh, observan que grupos de niños sucios y desharrapados, portando grandes sacos vacíos, recorren las calles al amanecer y al anochecer. El mal estado que mostraban los niños llama la atención a Christian que decide seguirlos, y así es como, fruto del azar, descubre uno de los panoramas más dantescos y desoladores que cabe imaginar. Cientos, quizá miles de niños, de entre 7 y 14 años, trabajan en el basurero, jugándose la vida para recoger basura que puedan malvender a intermediarios, que a su vez se enriquecen vendiendo a empresas de reciclaje extranjeras.



Pero no solo trabajan allí, por supuesto en condiciones infrahumanas, sino que allí realizan su vida la mayoría. Allí duermen cuando pueden. Comen de lo que allí encuentran. Y todo, para al final del día, llevar el equivalente a sesenta céntimos de euro a su familia. Familia siempre numerosa, de padre, en el mejor de los casos ausente, en el peor, alcohólico o maltratador. Padre, que una vez fue un niño que creció en un país que estaba siendo destruido.



En palabras del propio Christian, “aquello no era digno de la humanidad”. Así que decidieron hacer algo. Lo importante era sacar de allí a esos niños y dotarles de las herramientas para alcanzar una vida mejor, y que estos niños al crecer hicieran de su país un país mejor, lo urgente era darles de comer. Y por ahí empezaron. Montaron un pequeño chamizo al lado del basurero antiguo de Phnom Penh y comenzaron a dar platos de arroz a los niños más pequeños. Siguieron queriendo ayudar, y en el orden para hacer las cosas bien, dieron a los niños calzado, pues la mayoría trabaja descalzo en la basura, los menos con chanclas. Las condiciones higiénicas hacían que muchos niños estuvieran enfermos y otros muchos tuvieran heridas infectadas. Así que siguieron creciendo y empezaron a dar atención médica, mientras seguían dando de comer, y trataban de conseguir botas para calzar a los niños.

Pero no perdieron de vista lo importante. Si querían sacar a los niños de ahí, y darles una vida mejor, el camino era la educación. Así que mientras seguían paliando lo urgente, se dedicaron a lo importante. Pero, ellos no dejaban de ser extranjeros en un país con una cultura muy diferente a la suya; y si su objetivo era también llegar a una sociedad mejor que impida que se repitiese la historia, el camino era crear una “organización de ayuda a Camboya, llevada por camboyanos, aunque con ayuda de fuera”. Así que comenzaron a rodearse de un equipo local, que fuera el motor real de desarrollo. Se creó un Servicio Social que detectase las necesidades, propusiese soluciones. Christian y Marie-France no querían, ni podían permitirse, ser elefantes de cultura europea entrando en una cacharrería de cultura oriental. (Permítaseme esta Licencia poética)

Así fue. Ya estaba en marcha Por la Sonrisa de un Niño (*Pou un Sourire d'Enfant*, en el francés original). El camino para una vida mejor, que lleve a un país mejor, era la educación. Desde una primera Paillote en la que se daba de comer a los niños, a la escolarización de más de siete mil niños en la actualidad, desde la ed. Infantil, pasando por Primaria y Secundaria, hasta la Formación Profesional.



Pero, aunque no es el objetivo de este artículo el relatar la historia de la ONG, para eso están las webs de la organización o la posibilidad de ir allí a que ellos mismos te lo cuenten. Pero tenía que tender un puente desde el “por qué lo hacemos” al “qué hacemos”. Sí que quiero rescatar y defender en este “qué”, una idea que actúa como pilar básico de la actuación de la organización, y que para mi supuso un replanteamiento de cómo entendía yo la cooperación. Comida por Educación.

Y es que nos encontramos ante la problemática de los niños trabajadores, que va más allá de la dignidad del niño, que debe estar jugando y yendo a la escuela y no esclavizado por un mísero jornal, y que tiene implicaciones sociales más profundas. Como decía al principio del artículo, en el país se dinamitaron los pilares sociales con el genocidio. El 50% de la población actual de Camboya son menores de 16 años, la mayoría en familias desestructuradas, por lo tanto, el trabajo de los niños es, a menudo, la fuente principal de sustento de las mismas. Por ello, atacar y atajar el problema va mucho más allá de ofrecerles una alternativa a trabajar. Al principio, se planteó, desde la ingenuidad europea, el pagar a la familia el equivalente al sueldo diario recibido por los niños. Pero el dinero no sólo se puede gastar en comida, lo que sumado a unos valores familiares precarios, hizo fracasar la idea. Resurgió de nuevo gracias al equipo local, sustentado en el conocimiento de su propio país. Cual era la base de la dieta,

imprescindible en cualquier comida en el país. El arroz. Así que surgió el programa de Compensación en Arroz, por el cual, cada niño recibía una cantidad de arroz en función de los días que asistía a la escuela y al número de familiares que de él dependían. Con esto no solo se ayudaba al niño, y por supuesto a la familia, sino que se creaba una necesidad primaria de ir al colegio, que desembocaba en una cultura escolar, en que la educación servía para mucho más.

Así se llegó a crear un calendario escolar de once meses, en los que los niños iban al colegio, y al final de la semana recibían el arroz para sus familias. Pero se necesitaban vacaciones. Periodo en el cual los niños volvían a sus casas, y sus familias volvían a enviarles a trabajar al basurero. De nuevo surgía un problema, de nuevo, se planteaba una solución. Crear un programa de verano que cubriese ese periodo. Y es ahí donde entró la parte española de la organización, *Por la Sonrisa de un Niño – España en Camboya*, que de la mano de su presidenta Marisa Caprile, se lanzó de cabeza al proyecto en 2004, secundada por su marido e hijos, con la firme idea de “no fallar a esos niños”.

A partir de entonces se necesitaron monitores europeos, que junto con los monitores khmeres locales, llevarían a cabo una especie de campamento urbano en el mes de agosto. Y por eso entro yo en esta historia, y por eso la he vivido, y por eso la defiendo. Porque a partir de 2006, me convertí, en palabras de un “muy mejor amigo”, en uno más de los profesionales del ocio que van allí por, y para los niños. Campamentos que dan de largo, para otros muchos artículos.



Por eso podría contar decenas de historias de niños y niñas, ya hombres y mujeres, que conocí personalmente, que se criaron trabajando en el vertedero, y que ahora, gracias a la Escuela de PSE, y después de las ayudas para la educación superior que la propia ONG ofrece, son trilingües en inglés y francés, y han llegado a ser coordinador de grupo de una empresa francesa de turismo en Asia o abogadas del estado.

Viviendo esto es como mi vida giró desde ser un estudiante de biología, a ser primero maestro de educación especial, ahora pedagogo, pero sobre todo, cooperante... Aunque esta es otra historia.



Alfonso "TiTán" Coronado

Coordinador de Campamentos de Verano en Camboya
(2006-2010)

<http://pse.asso.fr/>

<http://www.psn.camboya.org/>